

LABORES DE LAS MUJERES CRIOLLAS DURANTE LA ÉPOCA DE LA INDEPENDENCIA

OMAR VARGAS MORALES
TAMMY VILORIA OSORIO
YAILÍN MORALES SUÁREZ
LUIS E. CASTRO PADILLA
JORDDY MENDOZA RUIZ
JOHAN AVELLANEDA ÁLVAREZ
JUAN BLANQUICETH ARROYO
ESTEBAN LÓPEZ CORRALES
CAMILO DE LA TORRE IBÁÑEZ

Ensayo presentado por el grupo
INVESTIGADORES INDISCALISTAS
Grado 4
Del Instituto Distrital Castillo de La
Alboraya en Barranquilla.

Con la asesoría de la Licenciada
MARÍA ALEJANDRA CARRASCAL

*PROGRAMA HISTORIA HOY-ONDAS:
APRENDIENDO CON EL BICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA
BARRANQUILLA
2010*

Responde a la pregunta 11: “Durante la época de la Independencia ¿qué labores llevaban a cabo las mujeres criollas?” (Jenit Margueth Vega Carrillo, Grado 10, Surata, Santander).

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

1. CONTEXTO DE LA MUJER CRIOLLA EN LOS TIEMPOS DE LA INDEPENDENCIA
2. MÓVILES DE LA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES CRIOLLAS EN LOS SUCEOS DE LA INDEPENDENCIA
3. LABORES DE LAS MUJERES CRIOLLAS EN PRO DE LA INDEPENDENCIA
4. CONCLUSIONES
5. BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

En los textos históricos y en la estatuaría pública, así como en la iconografía de los personajes de la historia colombiana, aparecen numerosos protagonistas masculinos, especialmente, en los tiempos de la Independencia. Pero pocas mujeres figuran en la lista de colombianos ilustres. Específicamente, del período de la Independencia son muy contadas las que tienen alguna connotación. Casi todas ellas son descendientes de españoles nacidos en América. Esta situación lleva a preguntarse: ¿Qué labores llevaron a cabo las mujeres criollas en el proceso de Independencia? Este problema se refleja hoy en día, ya que en los libros de Ciencias Sociales no se encuentra mucha información sobre la mujer de esa época y su importancia en los esfuerzos por alcanzar la independencia de la Nueva Granada. Investigar sobre las actividades de las mujeres en esa etapa es importante, porque se contribuye a valorar a la mujer y el papel que ha desempeñado en la construcción de una identidad nacional. Así como la configuración del presente, tiempo en el que, si bien la mujer ha conseguido avances en miras a una relación de género más equilibrada, todavía hay inequidades marcadas entre hombres y mujeres.

Para el desarrollo de este trabajo se visitaron bibliotecas, un archivo histórico y un museo. Se realizaron encuentros con funcionarios y con la asesora y se consultaron diferentes fuentes de investigación. Finalmente, el grupo produjo el informe con el que buscó dar respuesta a la pregunta planteada.

El cuerpo del documento que sigue a esta introducción tiene tres partes básicas. En la primera se presenta la situación general en la que se desenvolvía la mujer criolla en la época estudiada, resaltando los condicionamientos que pudieran influir en el ser social de este sector de la población. En la segunda parte se puntualizan las principales causas que pudieron motivar al tipo de participación que tuvieron las criollas en la Independencia. En la última parte, se exponen los principales tipos de participación que tuvieron ellas en el proceso emancipador y cómo las afectaron. Al final se ofrecen las respectivas conclusiones.

Las actividades que permitieron este trabajo han significado una novedad con relación a las clases comunes y corrientes, ya que se visitaron lugares externos al colegio, hubo interacción con estudiantes y docentes de distintos grados y jornadas, se usaron materiales, como la *Colección Bicentenario*, que poco se utilizan. Además, se desarrolló un tema a lo largo de un buen tiempo, consultando distintas fuentes.

Gracias a esta experiencia se ha profundizado en un tema que no se ha tratado en las clases, se han construido nuevos conocimientos y se han cumplido funciones que, usualmente, poco se realizan.

CONTEXTO DE LA MUJER CRIOLLA EN LOS TIEMPOS DE LA INDEPENDENCIA

Durante la época de la Colonia, en la Nueva Granada —al igual que en los territorios de América gobernados por España—, primó el criterio según el cual las mujeres deberían dedicarse a las ocupaciones propias de la vida doméstica. De acuerdo con esa manera de pensar, las mujeres estarían marginadas (como ocurrió con muchas) de las distintas esferas a la vida hogareña, ya que vivían en función de los asuntos religiosos y en razón de los roles de esposa y madre. Sin embargo, debido a ciertas circunstancias económicas, sociales, políticas o de otra índole, en varios puntos hubo mujeres criollas que poseían o administraban minas o haciendas que heredaron y estaban al frente de encomiendas o que se ocupaban de negocios comerciales y financieros (1778, pp. 48-49).

En cuanto a los patrones de conducta propios de la mentalidad imperante de la época, las mujeres eran clasificadas en dos tipos: las Marías, aquellas mujeres virtuosas, sumisas, calladas, que seguían ‘el camino del bien’ y las Evas, apelativo para las mujeres rebeldes, desobedientes, curiosas, pecadoras, las que no seguían los patrones de comportamiento propios del régimen colonial (Bermúdez, 2001). La educación, especialmente la de españolas y criollas, era en torno a la formación integral de la mujer como cristiana que la preparaba para regir en el hogar, se les enseñaba cómo vestirse y comportarse, restringir las comidas, aplacar sus deseos más íntimos ya que, según ellos, eran propios de una Eva.—

El poeta, humanista y religioso agustino español de la Escuela salmantina, Fray Luís de León en su obra *La Perfecta casada*, da el modelo a seguir por una mujer. Ésta debía someterse al hombre y al hogar, pues debía estar dedicada a “servir al marido, y el gobernar la familia, y la crianza de los hijos, y la cuenta que juntamente con esto se debe al temor de Dios” (s.f.). Además, debía ahorrar lo que más pudiera, ser sumisa, obediente, casta, etc. En consonancia con esta visión, el prócer Francisco José de Caldas le pide desde prisión a su esposa que siga siendo una María, en las *Cartas de Caldas* de 1816:

Teme a Dios: guarda sus santos mandamientos; seme fiel a los juramentos que nos prestamos delante de los altares el día de nuestro mandamiento; la fidelidad conyugal es la primera virtud de los esposos, y es la base de todos los bienes que se puedan esperar de dos casados [...] yo deseo que visites, que trates, pero con personas bien acreditadas y de una vida sin tacha; quiero que veles sobre la conducta de tu familia, y que no te olvides de tu primera obligación, la más sagrada y sobre la que se te tomará la más estrecha cuenta, es el cuidado de la familia. Cela mucho y cela sin descanso sobre la honestidad de tus criadas; separa toda mezcla de mozos; cuida de oír misa todos los días; cuida de rezar en especial la doctrina cristiana todas las noches; cuida de confesarte con frecuencia y de que lo haga la familia [...] ama la pureza de conciencia; tiembla de los mozos seductores [...] ama a Dios, entrégale tu corazón y cuida de entregarlo puro y sin pecado (citado en Rodríguez, 1996, p. 77).

MÓVILES DE LA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES CRIOLLAS EN LOS SUCESOS DE LA INDEPENDENCIA

Vale preguntarse ¿por qué mujeres enseñadas a ser sumisas, apacibles, obedientes de la autoridad —como lo fueron las mujeres criollas—, terminaron participando de diferentes formas en la lucha que conllevó a la Independencia?

Una de las causas fue los efectos de las reformas borbónicas, no tanto en el campo educativo, sino en el económico, ya que la prosperidad de muchos hogares fue afectada y los nuevos impuestos fueron la causa de protestas y revueltas en todo el continente. Las mujeres, encargadas de administrar el hogar, sintieron el impacto de esas medidas en la economía familiar, lo que —de alguna manera— influyó en la participación que las mujeres criollas tuvieron en el proceso independentista. Además, por las condiciones propias de muchas regiones hubo mujeres, entre ellas algunas criollas, que pudieron acceder a ocupaciones extra-domésticas (Rodríguez, 1996, pp. 95-96), las cuales sintieron sus intereses económicos amenazados o limitados por las políticas económicas que la Corona española puso en práctica.

Otra segura razón de este hecho es que las mujeres, recluidas en sus entornos domésticos, concibieron la idea de independencia cuando la política, ocupación tradicionalmente masculina de la realidad exterior, penetró en sus hogares y los hizo tambalear. Como la hembra que busca defender a su cría, estas mujeres luchadoras se pusieron del lado de la causa que abrazaron sus padres, tíos, hermanos, en el caso de las solteras; o los maridos, hijos, padres o vecinos de aquellas casadas o viudas.

La vinculación de algunas mujeres a la lucha independentista también pudo ser una forma de exteriorizar una rebeldía de género, poco consciente, contra una sociedad patriarcal, pero lo cierto es que la condición femenina en sí no fue un motivo de lucha y no se sabe de ninguna de estas mujeres que buscara la emancipación de género o el cambio de roles sociales o de las condiciones legales referentes a su condición de inferioridad por ser mujer.

LABORES DE LAS MUJERES CRIOLLAS EN PRO DE LA INDEPENDENCIA

Aunque pocas veces se citan féminas en el proceso de emancipación, especialmente en los textos escolares, hubo muchas mujeres criollas que tuvieron una participación activa y destacada en el movimiento independentista, cada una de diversa manera dependiendo de sus circunstancias y posibilidades. Así, distintas mujeres criollas se destacaron realizando en el desarrollo del proceso de independencia labores propagandísticas, logísticas, financieras, militares y humanitarias.

No fueron pocas las mujeres con antepasados hispánicos pero nacidas en la América que dispusieron de su propio peculio para ayudar con dinero, armas, bestias, municiones, víveres, y demás elementos que sirvieran a la causa independentista. Citemos algunos de estos casos.

Antonia Santos Plata nació en Pinchote (Santander) de familia criolla distinguida y poseedora de haciendas, una de ellas llamada El Hatillo. Durante la nefasta época de la Reconquista española aprovisionó con sus recursos a un grupo de granadinos para integrar la guerrilla que realizaba una guerra de resistencia en territorio que hoy día es santandereano (Guhl, 1997, p.120). Según Forero, Antonia Santos comprendía que su puesto era estar “gastando su dinero en comprar armas, caballos, víveres para los combatientes. Una partida entera está a su costa. Se llama la guerrilla de Coromoro pero le dicen de los Santos por el apellido de Antonia y sus hermanos” (1972. pp. 24-25). Por una delación cayó en manos de sus enemigos y fue fusilada luego de ser condenada por un Consejo de guerra.

Por su parte, María Carcelen de Sucre participó a favor de la lucha contra España desde temprana edad en su natal Quito. Ilustre representante del patriciado criollo, entregó sus propiedades para procurar armas y municiones a quienes combatían el dominio español.

La santaferense María Josefa Ricaurte y su marido José María Portocarrero, desde 1810 organizaron y financiaron un cuerpo de tropas. Fusilado su esposo durante la Reconquista, no disminuyó su entusiasmo de apoyar la causa emancipadora y siguió “prestando servicios a la patria, donando con todo desprendimiento cuanto tenía, a los impulsores patriotas” (Melo, 1967, p. 1167).

Otra mártir de la Independencia fue Presentación Buenahora, fusilada por los españoles en Pore —su tierra natal— por apoyar la causa patriota surtiendo de caballos y víveres a los rebeldes en la zona del Casanare (Forero, 1972, p. 157).

Por otro lado, debe decirse que procurar refugio, alimento y curaciones a los ideólogos, líderes o combatientes que retaron la autoridad peninsular y sufrieron las contingencias de la guerra, significó un aliciente fundamental que hizo posible salvaguardar hombres, recuperar la moral y redoblar los esfuerzos que condujeron al triunfo. En este tipo de labores hubo muchas heroínas anónimas y algunas identificadas. Entre las últimas cabe mencionar a doña Eusebia Caicedo Santamaría de Valencia, payanesa a quien también se le atribuye cierto protagonismo agitador el 20 de julio de 1810 en Santa Fe. Su condición de criolla es reconocible cuando los textos indican que era hija de don Luis Caicedo y Flórez y

de doña Josefa Santamaría y Prieto; además, fue esposa de don Gaspar de Valencia. Alguna fuente indica que al referirse a esta señora, el expresidente José Hilario López, expresó “que esta dama era tan patriota, que prodigaba a manos llenas toda clase de socorros a los vencidos” (Citado en Ibañez, 1891). También se dice que al enterarse los españoles de los valiosos auxilios que en la casa de esta noble dama se presentaban a los patriotas, intentaron persuadirla, pero ella les respondió enérgicamente: “[...] se seguirán recibiendo en mi casa a parientes y amigos, y si esto se considera delito estoy resuelta a sufrir la pena que me quisiesen imponer y hasta el suplicio de la pena capital” (Gutiérrez, 1972, p. 76).

Juana María Blanca Montero, hija de don Juan Dionisio Blanco y doña Ana Josefa Montero de Pava, fue otro ejemplo de abnegación. Natural de Guaduas, participa en esta población a favor del movimiento independentista y, más tarde, en la Cartagena sitiada por Pablo Morillo socorre a los hambrientos guerreros y ayuda a enterrar a las víctimas de la Reconquista. Cuando buscaba escapar de las garras españolas, la embarcación donde viajaba va a parar a un paisaje desolado de Panamá donde fallece Juana María Blanco.

Igualmente, Leticia Anselmo, de Lérida, perdió la vida por ayudar a quienes combatían al régimen español, al ser fusilada el 17 de enero de 1817, por orden del español Manuel Angles.

También vale mencionar el caso de María Josefa Domínguez del Castillo, quien sobresalió por socorrer con ahínco a quienes sufrieron las persecuciones del poder español, como sucedió con el peninsular partidario de la independencia José Martín París, a quien le suministraba alimentación y ropas cuando estuvo en prisión. Por acciones de este tipo, María Josefa fue sancionada con destierro y marcha forzada a pie hasta Fusagasugá, por la represión de Morillo.

Una de las formas de sociabilidad y de distinción cultural de los sectores criollos a finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX fueron las llamadas tertulias literarias. En estos espacios de vida social e intelectual penetraron en los ámbitos ciudadanos las obras prohibidas, las ideas de la Ilustración, las novedades literarias, las doctrinas filosóficas y políticas de moda en Europa. En esta labor de organizar tertulias, sobresale doña Manuela Sanz de Santamaría, distinguida dama nacida en Santa Fe, que tuvo una educación esmeradísima que le permitió dominar cuatro idiomas (alemán, francés, inglés y latín). Fue una de las fervientes seguidoras de la Expedición Botánica de José Celestino Mutis. Esta criolla juntó en su casa todos los elementos necesarios para atraer a los más estudiosos de la juventud granadina, en la tertulia denominada ‘El Buen Gusto’. En este espacio se generó un ambiente de reflexión, diálogo y estudio que ayudó a forjar los liderazgos empeñados en aumentar su cuota de participación política en las instituciones políticas de dominación colonial y posteriormente, la Independencia.

Pero Manuela Sanz no estuvo sola en estas ocupaciones. Francisca Prieto y Ricaurte perteneció a una distinguida familia criolla de Santa Fe de Bogotá en cuyo hogar “[...] se unía a la alta alcurnia de sus progenitores la riqueza de una familia que les permitió vivir con todo el confort y la opulencia” (Melo, 1967, p. 1184). Recibió una esmerada educación que la hizo distinguir como un ser culto, inteligente y dado a las letras, condición que le permitió participar y animar en la tertulia ‘El Buen Gusto’, que presidía su prima Manuela

Sanz de Santamaría, en la capital del virreinato. De ella se afirma que “[...] fue una de las más entusiastas animadoras de la causa revolucionaria y se aprestó a organizar y asistir a las juntas secretas que le daban un matiz de reuniones sociales, ya en su casa, o en la mansión de su prima, doña Manuela, a donde asistían con don Camilo Torres al Centro de ‘El Buen Gusto’” (p. 1184).

Otro de los importantes roles jugados por las criollas durante la época independentista fue el de captar las órdenes y espiar los movimientos de las autoridades y ejércitos realistas, para luego hacer llegar esas valiosas informaciones a las fuerzas patriotas, así como transmitir los recados e instrucciones que debían circular entre los miembros de este último bando.

En este frente de lucha se distingue la emblemática figura de Policarpa Salavarrieta, cuyos padres eran ‘socorranos hijos de peninsulares’ (Forero, 1972, p. 116). Desde Guaduas se traslada a Bogotá para vivir cerca a la plaza, sitio estratégico, para observar los movimientos de las personalidades del virreinato y enterarse del correo. Aprovechó su habilidad de costurera para movilizarse sin sospechas, relacionándose con damas patriotas y realistas; y a través de artimañas enviar mensajes para el ejército patriota en los llanos, sobre los movimientos del ejército español. Por eso la labor más importante desempeñada por la Pola en la causa patriota fue el apoyo que prestó a las guerrillas criollas, dándoles información sobre los movimientos de las tropas realistas entre Honda y Guaduas y de las últimas noticias de España.

La entrega de la mujer criolla a favor de la independencia también se expresó en el campo de batalla. Aunque no se conocen muchos casos, se sabe de situaciones en que estas mujeres tomaron las armas y formaron parte activa de la conflagración bélica. Una de ellas es la famosa Manuela Sáenz, ‘la libertadora del Libertador’, que padeció a temprana edad los estragos del conflicto al perder trágicamente a su padre y a sus abuelos a manos de la ferocidad española. De ella se dice que “se le vio combatiendo lanza en ristre y a la cabeza de un escuadrón de caballería para someter un motín en las calles y plazas de Quito. Combatió como un buen jinete con valor y serenidad en medio de las ensangrentadas espadas y las balas; no la intimidaban los asesinos blandiendo sobre su frente los cuchillos” (Melo, 1967, p. 1182). Juana María Blanco Montero, referenciada páginas atrás, también está asociada a acciones militares, específicamente en la defensa de Cartagena cuando se dice que en el fragor de la batalla reemplaza al soldado caído en la trinchera. En los mismos combates del Corralito de Piedra figuró la dama momposina Josefita Fernández de Silguero, casada con el coronel Nicolás Valest, que “colaboró fervorosamente con él en las luchas patrióticas y estuvo a su lado, disparando un fusil durante el sitio” (Forero, 1972, p. 72).

Igualmente, en Barranquilla durante las acciones armadas implementadas por los españoles comandados por Valentín Capmaní para someter la plaza en abril de 1815, se hace referencia a

muchas mujeres [que] se resistieron a huir y prefirieron arrostrar la muerte antes que abandonar a sus esposos o parientes; querían compartir con ellos los riesgos de la guerra y ayudarlos en la lucha.

Sencillas pero resueltas no esperaron el último momento para lanzarse al sacrificio; capitaneadas muchas de ellas por algunos vecinos de significación, transportaron en su regazo pertrechos y empujaron los cañones hacia el improvisado fortín de El Chuchal, y se situaron al pie de su bandera aguardando con valor estoico la embestida de la fiera, la historia ha conservado los nombres de aquellas animosas mujeres [...] heroínas barranquilleras.

María Josefa Cárdenas
Benedicta Vargas
Eugenia Cantillo
Ursula Puente
Juliana Miranda
María Josefa Gutiérrez
María Concepción Martínez
(González-Rubio, 1980, pp. 73-74).

La condición de criollas, que muy seguramente tuvieron al menos algunas de ellas, podemos inferirla del trato que el autor les da: “[...] matronas cuyos nombres acabamos de pronunciar”(pp. 73-74).

En general, se podría decir que pese a que existieron disposiciones para evitar la intervención de mujeres en la contienda armada, hubo mujeres combatientes, algunas de ellas criollas.

CONCLUSIONES

En los tiempos de la Independencia las mujeres criollas estuvieron inmersas en una sociedad patriarcal, se ocuparon de la vida hogareña lo que las constituyó—con sus cuidados a los otros miembros del núcleo familiar— en cohesionadoras del mismo; sobre sus hombros recayó gran parte de la responsabilidad de la formación de los niños y por tradición sus comportamientos se modelaban con los cánones religiosos del catolicismo, tendiente a cultivar la oración, la obediencia y la docilidad.

Pero, igualmente, en determinadas condiciones hubo criollas que ocuparon un rol económico activo en actividades agropecuarias, mineras, comerciales o del crédito, aunque no tuvieron esas mismas posibilidades en el campo de los cargos políticos. No obstante, en el desarrollo del proceso de independencia algunas féminas participaban de las tertulias con las que se divulgaban las novedades ideológicas, históricas, literarias, políticas y artísticas; espiaron y transmitieron información a favor de los rebeldes; ayudaron con sus recursos económicos a sostener la resistencia y a mantener la causa; brindaron auxilio y protección a los perseguidos y heridos; intervinieron como combatientes en acciones bélicas.

Sea por ser esposa o hija o hermana de los líderes del proceso emancipador por su propio protagonismo en estas lides, la mujer criolla también aportó una dolorosa cuota de sangre, dolor y privaciones, (especialmente durante la Reconquista española) en el tortuoso camino de la emancipación y de la construcción de la República.

El aporte de las criollas a la Independencia ha sido poco valorado por la historiografía que ha predominado en nuestro país, muy probablemente, porque al escribir la historia han prevalecido criterios y enfoques que desconocen a otros actores de la vida social, económica, política y cultural del país.

BIBLIOGRAFÍA

- Bermúdez, Isabel Cristina. (2001). *Imágenes y representaciones de la mujer en la gobernación de Popayán* (pp. 28-32). Quito: Corporación Editora Nacional y la Universidad Andina Simón Bolívar (Serie Magister, Vol. 13). En: *Colección Bicentenario*. (Tomo Casta mujeres y sociedad en la Independencia, pp. 45-47). Bogotá: Ministerio de Educación Nacional.
- Forero, Pablo E.(1972). *Las heroínas olvidadas de la Independencia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- González-Rubio, Carlos. (1980). *Ensayos bolivarianos. Barranquilla independiente*. Baranquilla: Editorial Mejoras.
- Guhl, Mercedes. (1997). *Las desobedientes. Mujeres de nuestra América*. Bogotá: Panamericana.
- Gutiérrez Isaza, Elvia. (1972). *Historia heroica de las mujeres próceres de Colombia*. Medellín: Concejo Municipal de Medellín.
- Ibáñez, Pedro María. (1891). *Crónicas de Bogotá* (tomo III). Bogotá: Imprenta de La Luz. Recuperado del sitio web *Blaa Virtual*:
<http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/cronic/indice.htm> .
- León, Fray Luis de. (s.f.) “La perfecta casada”. Recuperado del sitio web *Cervantes Virtual*
http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12471634333485940765657/p0000001.htm#I_1_
- Melo, Livia. (1967). *Valores femeninos de Colombia*. (2da. Ed.). Bogotá: Carvajal.
- “Real Cédula declarando la forma en que se ha de guardar y cumplir en las Indias la pragmática sanción del 23 de marzo de 1776 sobre contraer matrimonios”. (1778, 7 de abril). En Sección Indiferente General (540, Libro 18, fol. 63). Sevilla: Archivo General de Indias. En: *Colección Bicentenario*. (tomo Castas, mujeres y sociedad en la Independencia, pp. 48-49). Bogotá: Ministerio de Educación Nacional.
- Rodríguez, Pablo. (1996). “El mundo colonial y las mujeres”. En Velásquez Toro, Magdala. (Dirección académica). *Las mujeres en la historia*. (Tomo III) Bogotá: Consejería Presidencial para la Política Social, Presidencia de la República de Colombia y Norma.